

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 193. — Reformas militares: IV. Sueldos y subsidios pecuniarios del oficial, por el Capitán Subrio Escápula; pág. 195. — El choque al arma blanca como resolvente único y decisivo en todo combate moderno, por M. Bruguete, capitán de Infantería; pág. 201. — La campaña de Napoleón en Italia, por el coronel conde Yorck de Wartemburg (continuación); pág. 204. — Avance y fuego de la infantería en el combate (continuación), por E. Degiorgis, mayor general italiano, traducido por don Narciso Martínez y Aloy, capitán de Infantería; pág. 205.

Pliegos 25 y 26 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

ESTUDIOS SOBRE LA DIRECCIÓN DE TROPAS, por J. V. Verdy du Vernois, general de Infantería, traducidos del alemán por el marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor. Pliegos 10 y 11 del cuaderno primero.

CRONICA GENERAL

EL PROBLEMA DE ESPAÑA.—ASPECTO MILITAR DEL ASUNTO.—EL MIEDO Á INGLATERRA.—GIBRALTAR Y CEUTA.—EL PUERTO DE MAHÓN.—OPINIONES CONTRADICTORIAS SOBRE EL MISMO.—DEFENSA DE LA BOCA DEL PUERTO.—LOS DESEMBARCOS.—RESERVAS LOCALES.

Después de las desdichas producidas por las últimas guerras, momentáneamente se pensó en variar el rumbo de la patria; pero bien pronto la palabra *regeneración* se consideró como una cursilería, convencidos todos de que como hasta aquí vivió, vivirá siempre don Juan.

Pocos años han transcurrido desde la tremenda catástrofe, y la realidad, que hace siempre su camino, nos arroja de nuevo en brazos de lo desconocido. El problema de España se halla sobre el tapete internacional, como el problema de la China ó el de los Balkanes; los periódicos y los parlamentos extranjeros hablan con harta frecuencia de nosotros y nos dan consejos desinteresados para el arreglo de nuestra política, de nuestra hacienda ó de nuestras fuerzas militares. España es, según ellos, y aunque lo velen con frases de amistad, carne para los buitres, y en efecto, los buitres parece que se preparan para darnos un nuevo picotazo.

De las múltiples incógnitas del estado de España, sólo podemos hablar aquí de las que á la milicia interesan, y, en este concepto, los problemas de Gibraltar y de Mahón adquieren importancia extraordinaria en el período actual, tanto por lo que en sí son transcendentales esos problemas, como por la atención con que son estudiados en el extranjero.

En el problema de Gibraltar supera el fondo diplomático á todo otro aspecto del asunto. La historia contemporánea está caracterizada por el *miedo á Inglaterra*, miedo que es hoy el norte de la política internacional. Si todo el mundo tiene miedo al coloso, natural es que también lo tengamos nosotros; pero, aun teniéndolo, y por lo mismo que lo tenemos, podríamos hacer algo para evitar una caída tremenda. Si no nos dejan anular de un modo directo la posición de Gibraltar ¿por qué no aprovechamos más el tiempo para exaltar el valor de

Ceuta? La plaza inglesa perdería mucho de su eficacia con el desenvolvimiento de la de Ceuta, y de paso aseguraríamos nuestro dominio sobre el norte de Africa, tan discutido ya en la hora presente.

Además, hay ciertos momentos en los que se pueden realizar trabajos defensivos de importancia sin llamar la atención y sin temer reclamaciones. Cuando se aproximaba la guerra con los Estados Unidos, cuando se inició la guerra del Transvaal, cuando la acción sobre la China absorbía la atención del mundo entero, España pudo apretar los tornillos en la bahía de Algeciras, casi teniendo la seguridad de que nadie se fijaría en ello. Ahora no es posible hacerlo sin llamar la atención; pero un gobierno previsor puede acumular piezas de grueso calibre en cualquier escuela de tiro próxima, y cemento y hierro en plazas no lejanas; y con cañones, hierro y cemento se puede hacer mucho en los casos difíciles.

*
* *

En el problema de Mahón no influye por ahora la diplomática. Nadie pone obstáculos á que dicho puerto se defienda como es debido, de modo que sería torpeza insigne dejar que llegaran, para hacerlo, circunstancias graves. Y estas circunstancias pueden presentarse en cualquier instante, pues si Inglaterra no parece ocultar sus deseos de poseer á Menorca, Francia y Rusia se hallan inclinadas á apoderarse de la isla antes que aquélla; pero, esto sí, con la intención de devolvérsela cuando ya no les hiciera falta.

De unos y otros debemos guardarnos, y continuar con ahinco la obra realizada de defender á Menorca. Una dificultad hay que vencer, y es la de mantener la cabeza firme entre tantas opiniones contradictorias como diariamente se emiten, con la más laudable intención sin duda, en periódicos y revistas. Cada cual desea resolver el problema á su manera, creyendo que esa es la más perfecta para llegar al fin apetecido. Si el cuerpo de ingenieros tuviere que dar gusto á todos, la defensa del puerto de Mahón estaría en mantillas, como así creen que está no pocos que andan bastantes años atrasados de noticias. El cuerpo citado podría anular todas aquellas opiniones poniendo de manifiesto la grandísima labor realizada; pero, afortunadamente, no debe ni quiere hacerlo, y se contenta mejor con seguir derecho su camino, con lo cual ha conseguido reunir en las posiciones de la Mola y de San Felipe, en las orillas norte y sur de la entrada del puerto, obras de primer orden, concebidas y ejecutadas con arreglo á los principios más modernos de la fortificación, creando baterías poderosas, numerosísimos abrigos y almacenes á prueba en número y calidad tal, que difícilmente crearán los que escriben de estos asuntos sin tener los datos necesarios para ello, y menos si se tiene presente que en esas obras colosales, realizadas con ciencia y paciencia inauditas durante medio siglo, se ha gastado una suma que no llega á la mitad de lo que vale un acorazado moderno.

Algunos, reconociendo el valor de tales defensas, las consideran inútiles, porque dicen que el enemigo podría desembarcar en cualquier punto del litoral, y atacar el puerto por el fondo del mismo. Lo que no declaran es si también los acorazados enemigos entrarán en el puerto por su fondo, lo cual induce á creer que se quedarán en la boca, que es lo que precisamente se pretende al defender la entrada de un puerto.

Respecto á los desembarcos, en una isla pequeña son fáciles de evitar, siempre que las cosas se preparen para ello. Aun prescindiendo de la ocupación de los puntos más apropiados para un desembarco, queda todavía la acción de las fuerzas móviles, que pueden acudir prontamente á los lugares amenazados, siempre que la guarnición se mantenga alerta y en la mano del gobernador. Además, la población civil puede ayudar algo, y en Menorca no habría que rebuscar mucho para hallar la organización de las antiguas capitánías, dispuestas á contrarrestar los desembarcos de moros. Diráse ciertamente que los ingleses no son moros; pero á veces basta, para evitar un desembarco, una pequeña descarga sobre el bote que va en cabeza, y esta descarga puede hacerla á tiempo una tropa local, concedora del país, á la que se haya logrado comunicar algún espíritu militar. A cambio de otras ventajas, que podrían consistir en la reducción del servicio activo, podría obligarse á los reservistas de las islas á concurrir á asambleas anuales, cuyo tema fuera siempre evitar un desembarco, y así se les despertaría el entusiasmo, base siempre del éxito.

Esta reforma y un pequeño esfuerzo para terminar el artillado de las posiciones de San Felipe y la Mola son los principales pasos para asegurarse la posesión de Menorca. La boca del puerto quedaría aun más cerrada, si los ramos de Guerra y Marina poseyeran el Lazareto y la isleta de la Cuarentena, que hoy no sirven ya para el objeto que antes tenían, y que el elemento militar podría aprovechar antes de que se acabaran de arruinar los edificios allí existentes. Con ello se completaría el poder defensivo de Mahón, y la marina podría tener buena base para sus torpedos fijos y torpederos, de tanta eficacia en ese género de plazas fuertes.

NIEMAND.

19 de julio de 1901.

REFORMAS MILITARES

IV.—SUELDOS Y SUBSIDIOS PECUNIARIOS DEL OFICIAL.

Sin duda una de las cuestiones más debatidas, y desde luego la tratada con más empeño por cuantos acostumbran á escribir acerca de las cosas militares, es la de los ascensos y recompensas, en toda su vasta acepción. No pretendemos disertar sobre ello, exponiendo planes y reformas, pues nuestro objeto se reduce á pedir la mejora racional de lo existente y simplificación de la complicada red de recompensas.

Que los sueldos de los generales, jefes y oficiales son cortos, y aun mezquinos, es una verdad que todo el mundo sabe, pero que no pasa de la teoría, porque frente á ella se presenta otra verdad de mayor peso: el estado del Tesoro (ese Tesoro que no puede satisfacer muchos gastos necesarios, y en cambio, hace frente á otros superfluos) no permite mayores dispendios, y mucho más atendiendo á que el Estado á nadie obliga á seguir la carrera militar, que la adopta el individuo arrojando sus inconvenientes y ventajas. Puesta la cuestión en este terreno, no cabe discusión; la cosa, empero, varía mucho si se plantea en otros términos: ¿le conviene al Estado mantener un cuadro de oficiales propio

para los ejércitos de Xerxes, insuficientemente retribuido, ó es preferible reducirlo al indispensable, manteniéndolo con decoro? No creemos que ofrezca duda la respuesta, y excusamos extendernos sobre este punto, bastante trillado ya para que podamos aportar el menor concepto de interés. Sentemos solamente que la amortización debe proseguir hasta que las plantillas queden reducidas á lo que demanda una organización buena, mediana ó mala, mientras sea organización, es decir mientras se parta para ella de la base de las necesidades que debe llenar el Ejército en las varias hipótesis de una guerra, de donde se deducirá el número de unidades orgánicas y centros militares, y de ahí los cuadros de oficiales; y que á la vez que esa amortización vaya aliviando el presupuesto de la Guerra, se aumenten sucesivamente los sueldos de todos los empleados, empujando por los menos atendidos.

Sólo en la amortización vemos el remedio radical á la insuficiencia de sueldos, y, más que eso, la única manera de que cese el desbarajuste que reina en la materia. En efecto, á la manera del particular que creyendo hacer economías reduce los gastos ordinarios de alimentación de su familia á una cifra exigua, para remediar cuyas deficiencias se ve obligado á efectuar desembolsos á diario, con lo cual gasta más y come peor que si tuviera previsión y supiera administrar sus intereses, el Estado se tranquiliza pagando poco á los oficiales y rebajando el capítulo de gastos por este concepto muy por debajo de lo que exige su conveniencia y la particular del individuo; pero dándose cuenta de la anemia del organismo en general, abre la mano, y, sin alarmarse, porque se trata de gastos *extraordinarios*, concede gratificaciones, indemnizaciones, cruces pensionados de innumerables órdenes, sueldos del empleo superior y otros varios suplementos que elevan considerablemente los gastos y no fortifican el conjunto, por la desigual manera como están repartidos. Líbrenos Dios de declamar contra esas ventajas de que disfrutan muchos ó pocos oficiales: nuestro deseo es que las gozen todos, si no como premio, como retribución normal, y por consiguiente, preferimos el actual estado de cosas á que se suprima por completo sin substituirlo por una elevación prudencial y justa de los sueldos.

No fijaremos nosotros la cuantía de ellos que nos parece mejor; si agregaremos que la elevación ha de ser de alguna importancia si se quiere que el oficial viva con decoro, aunque sin ostentación ni lujo. No se comparen los sueldos de los oficiales con los de los funcionarios civiles de igual categoría, pues los primeros necesitan hacer gastos mucho más crecidos, tanto por la anormalidad de su vida, como por la necesidad de vestir decentemente de paisano y más que decentemente de uniforme.

Desde otro punto de vista esa mejora en los sueldos interesa más de lo que parece al Estado, y se impone con incontrastable fuerza si se quiere que el Ejército ocupe en la Nación el puesto á que tiene derecho. En esta época de positivismo, en que el valor del individuo se respeta por el dinero que tiene, ¿es posible que el general goce en el concepto público aquel respeto y consideración que deben siempre rodear á un individuo de tan elevada jerarquía, mientras se vea obligado á vivir modestamente en un tercer piso, á gastar sólo en lo más necesario y á tener que hacer economías y echar cálculos cuando tenga que hacerse un uniforme de gala? ¿Qué será en la esfera social un capitán, peor pagado que un mediano tenedor de libros ó que un empleado de comercio de

su misma edad, y obligado á gastar mucho más que ambos? Además, ¿qué espíritu, qué celo y qué iniciativa va á tener un capitán ó un oficial cualquiera, y cómo va á hacer frente á imposiciones injustas de dentro ó fuera, ni con qué libertad va á obrar, si el menor disgusto con quien goce de mayor influencia le expone á un viaje que le sumirá en la ruina? ¿Cómo se quiere desarraigar el funesto hábito de la intriga y de la recomendación, que, después de invadirlo todo, ha penetrado hasta lo más íntimo del Ejército, si muy á menudo ello envuelve una cuestión de vida ó muerte para el individuo, que en tal localidad, por razones de familia ó por asuntos particulares, puede subvenir á sus necesidades, y si se le lleva á otra parte se le precipita poco menos que en la indigencia? De aquí que esa facultad que siempre debe conservar la autoridad suprema para llevar al lugar y al destino que crea preferible á todo militar, se ejerza con grandísimas limitaciones y mucho tino para no perjudicar á quien se desea favorecer ó merezca serlo: y que se conceda tanta importancia á las conveniencias particulares, que deberían desaparecer ante el interés colectivo.

La normalización de las escalas y el aumento de los sueldos son, además, el único medio de que el Ejército conserve esa independencia tan necesaria para cumplir sus altos fines, se substraiga á las recomendaciones, que lo perturban todo, y permanezca de todo punto ajeno, en la substancia y en el accidente, á cuanto se relaciona de cerca ó de lejos con la política. Es muy frecuente, cuando se habla de las ventajas é inconvenientes de la carrera militar, que se cite como una de las primeras y tal vez la de más peso, la de que el oficial conserve un empleo que sólo puede quitársele por sentencia firme de los tribunales, hallándose por lo tanto al abrigo de las arbitrariedades del gobernante; mas esta ventaja es más ficticia que real; porque siendo cortos los sueldos y excesivo el personal, muchos oficiales se han de hallar forzosamente en alguna de las varias situaciones que comprende la excedencia, resultando que si bien el empleo es intangible, no lo es el sueldo, por lo que basta dejar excedente al militar que en activo apenas podía subvenir á sus necesidades, para causarle un perjuicio equivalente á una verdadera cesantía. Nada de esto, es verdad, ocurre hace ya bastantes años; pero ¿ha sucedido siempre lo propio? y sobre todo, asusta imaginar lo que en épocas anormales acontecería manejándose con fines determinados arma de tanta eficacia.

Aparte de la elevación de sueldos, hay otros muchos puntos relacionados con lo mismo, en los que es urgente que se ocupe el legislador, tanto por su moralidad y justicia, como porque indirectamente mejorarían las condiciones de vida del oficial. Supongamos un capitán casado, con dos ó tres hijos, caso que, por su frecuencia, constituye la regla general, y que *gozando* de cincuenta y cinco duros mensuales mal contados, ó sea el sueldo máximo, es decir, el de activo en cuerpo armado, es destinado á un cuerpo que se halla á 200, 300 ó 600 kilómetros del punto de su residencia, porque el Estado, en uso de su derecho, así lo estima conveniente. Aun suponiendo que ese capitán no posea muebles ni efectos voluminosas, por lo menos tendrá que transportar su cuerpo y los de su familia al lugar donde ha sido destinado, sin que el Estado, único causante del traslado, no sólo no le indemnice, sino que ni siquiera le sufrague los gastos del viaje. ¿De dónde saca el capitán los ciento ó doscientos duros que necesita para ese viaje forzoso, contra su voluntad y conveniencia? No será se-

guramente de las economías que haya podido hacer con sus cincuenta y tantos duros, de los que invierte ocho ó diez en habitación; vienen las pagas adelantadas, pero más á menudo interviene el usurero, que haciendo presa en aquel infeliz, le hunde y le arruina para toda su vida, y sobre todo le hace conocer una sociedad que le perjudicará profundamente en su carrera, como no se trate de un oficial de grande abnegación y extraordinaria fuerza de voluntad. Este es el anverso de la medalla; veamos el reverso: no se trata ahora de un cambio de destino cuya primera noticia la ve el interesado en el *Diario oficial*; trátase de una comisión indemnizable con el objeto A ó B, para la que se ofrecen voluntariamente mil individuos, que acuden á sus amistades y hasta al ministro; entonces el Estado sufraga todos los gastos de viaje, todos los gastos de transporte y concede además una indemnización, escasa en sí misma, pero considerable en relación con los sueldos. ¿Cómo se compagina la liberalidad de ahora con la tacañería de antes? Dos razones explican esta antítesis: es la primera que el cambio de destino es lo corriente y ordinario, y la comisión lo extraordinario, y ya hemos dicho que el Estado es avaro en lo concerniente á lo primero, y poco previsor en lo otro; y es lo segundo que á cambio de destino están sujetos todos los oficiales y á comisiones ventajosas sólo algunos. Concluímos de aquí, que hay que completar la mejora que inició el ilustre general Azcárraga, haciendo que cese el absurdo de que el militar que cambia de destino goce de iguales ventajas que el que se ausenta en uso de licencia por asuntos propios; y que hay que sufragarle todos los gastos de su viaje propio, y además indemnizarle siquiera parcialmente por el de su familia, bien con un tanto por kilómetro ó individuo, como se hace en otros países, bien entregándole una determinada cantidad, ó, si no se quiere gastar en atenciones tan justas y dignas de respeto, aplicando el reglamento de indemnizaciones.

Ya que hemos hablado de las concesiones indemnizables, llamaremos la atención acerca de un punto que pinta de un modo elocuente la administración *sui generis* de que disfrutamos en España. Por punto general, las comisiones de esa índole exigen un aumento no pequeño de gastos, que el oficial no puede menos de pagar al contado, y para los que no es suficiente el sueldo, sobre todo si con él hay que atender á una familia; pues bien, el Estado indemniza, pero no en el momento necesario, sino cuatro, seis, ocho meses, un año después, de donde resulta que á veces, y podríamos citar bastantes casos, oficiales verdaderamente idóneos á quienes se ofrecen tales concesiones, renuncian á ellas, por la imposibilidad de adelantar sumas considerables. Lo propio sucede con pluses y otras ventajas pecuniarias que obedecen á necesidades reales. Si el Estado les concede y, aunque tarde, la paga, ¿por qué no las satisface en el acto, al fin de cada mes ó del servicio extraordinario, si éste es de muy corta duración? No creemos que haya ninguna dificultad seria que se oponga á ello, ya que la orden y el crédito para el pago lo mismo pueden darse *à priori* que *à posteriori*, á reserva siempre de justificar lo concedido. El verdadero obstáculo nace de la manera como está montado el engranaje administrativo, cuyos dos ejes fundamentales son la desconfianza oficial y el formalismo burocrático; por lo primero se exigen firmas que nadie comprueba, contrarias al propio espíritu y honor, y la intervención de no pocos centros y personas antes de dar el dinero, centros y personas que en realidad no fiscalizan, ni pueden fiscalizar nada; y

por lo segundo es necesario llenar documentos, estados y relaciones destinados á molestar el personal y fomentar los riquísimos, copiosos é insondables archivos de papeles inútiles. Ese puritanismo del Estado, ese rigor con que pretende salvar hasta la más leve apariencia de inmoralidad, queda inmediatamente contrabalanceado por otro hecho absurdo como el que más: el Estado satisface los gastos de transporte (siempre en la hipótesis de una comisión indemnizable) pero no íntegramente, sino con un descuento, variable según la ley de Presupuestos que rija; y como ni todos los proveedores saben firmar, ni todos los gastos llegan á veinticinco pesetas y son por consiguiente objeto de recibos, ni, aun siéndolo, el perceptor se suele conformar con el descuento que le imponen, fíjese bien el lector, no ya un centro ú oficina, sino uno, dos ó tres oficiales que son víctimas de la codicia de muchos industriales de poca escrupulosidad; el oficial, sólo por su propio honor, y á pesar de tener medios, como se comprende desde luego, para evitarse ese gasto, paga de su peculio el descuento. Pues bien, ¿hace algo el Estado para afirmar y fomentar esa honradez íntima y privada del oficial, y es el medio más adecuado para ello el someterlo á un régimen de tan manifiesta desconfianza administrativa?

No sólo es en los viajes extraordinarios provocados por cambios de destino, comisiones, marchas, maniobras, donde se hace patente la insuficiencia de los sueldos que apenas bastan para satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida, sino que se observa lo propio, tal vez con mayor intensidad, en otras ocasiones de la vida militar. Una de ellas ocurre al ascender á jefe en los cuerpos á pie. En la inmensa mayoría de los casos el comandante recién ascendido que va destinado á un cuerpo, ha de cambiar de residencia, y con los cincuenta ó sesenta duros mensuales que constituyan su sueldo, ha de costearse los gastos de traslado de él y de su familia, agravados de un modo notable por el equipo y montura que, como plaza montada, ha de poseer en lo sucesivo. ¿De dónde saca ese comandante los noventa ó cien duros que importan las prendas de vestuario y la montura de que debe proveerse? Misterio es este en cuyo seno se ocultan no pocas tristezas y considerables privaciones, que el propio decoro esconde pero que no por eso dejan de ser menos verdaderas y sensibles.

¿Qué diremos también de esos pluses irrisorios que se conceden para marchas y maniobras, que no bastan siquiera para hacer frente á los gastos extraordinarios de alimentación, y mucho menos para reponer uniformes destrozados? Y notemos que en este caso el mal es completamente general, pues no sólo afecta á los oficiales, sino al fondo de material de los cuerpos, en lo que atañe á los soldados, originando una serie de combinaciones y esfuerzos no pequeños para que las consecuencias del mal no salgan á la superficie.

¿Qué decir igualmente de los cambios de uniforme; qué de los exorbitantes derechos que el Estado impone al oficial cuando le concede un empleo, ó le agracia con una cruz sin pensión? Parece natural que siendo la carrera militar independiente del empleo de que el individuo se halle en posesión, sólo se ejercieran derechos al otorgar el Estado el primer empleo, el de segundo teniente; comprenderíamos y aun somos de parecer que tales derechos se eleven notablemente, y se pongan en relación con los que satisfacen los títulos que dan capacidad legal para ejercer otras carreras; pero una vez ascendido el alumno á oficial y consagrada y fijada definitivamente su carrera, no se nos alcanza la ra-

zón, de orden jurídico y moral, en virtud de lo cual se hacen pagar tantos títulos ó reales despachos como empleos jerárquicos va obteniendo el individuo.

Podríamos extendernos ilimitadamente en consideraciones acerca de lo insuficientemente retribuidos que se hallan los militares españoles, tanto en la prestación de sus servicios ordinarios como extraordinarios. Creemos no obstante que basta con lo indicado, no para demostrar aquella afirmación, cosa innecesaria, pues desgraciadamente todos saben por experiencia cuán cierta es, sino para que podamos deducir algunas conclusiones, que concretarán nuestro pensamiento en lo relativo á los subsidios pecuniarios que disfruta el oficial:

1.^a Es urgente y necesaria la elevación de todos los sueldos desde segundo teniente á general inclusive, efectuada á medida que lo vaya permitiendo la reducción de la excedencia por amortización;

2.^a Hay que implantar, pero no con el espíritu estrecho y mezquino con que lo sabemos hacer todo, la indemnización por gastos de viaje, sobre la base de costear por entero los que correspondan al oficial, y concederle una suma variable con la distancia recorrida y con las necesidades de su más ó menos numerosa familia.

3.^a Necesidad de aumentar los pluses de campaña, poniéndolos en relación con los aumentos de gastos á que deben servir de compensación.

4.^a Conveniencia de reformar el reglamento de indemnizaciones, partiendo, no de una indemnización invariable, como ahora, sino de una clasificación de los diferentes cometidos que pueden ser declarados indemnizables, á cada uno de los cuales, según los gastos que lleven consigo y la suma de trabajo material y sobre todo intelectual que hay que desarrollar, se le asigna una indemnización particular.

4.^a Implantación de indemnizaciones por cambios de uniforme, montura, al ascender á jefe, y, en general, en todos aquellos casos en que se obligue al oficial á realizar gastos extraordinarios.

5.^a Modificación de la marcha administrativa seguida hasta aquí, para que todos los pluses, gratificaciones é indemnizaciones concedidas, cualquiera que sea su concepto, se satisfagan al interesado en el momento mismo en que el Estado reconoce su necesidad, ó sea durante el viaje ó servicio extraordinario, ó á lo sumo inmediatamente después de terminado, y no muchos meses después, como acontece en la actualidad.

Concluiremos, análogamente á lo hecho en los artículos anteriores, abogando porque se remedie, bien en el sentido acabado de exponer ó en otro cualquiera, el empleo moralmente abusivo que el Estado hace del oficial, pues concediéndole un sueldo que apenas sirve para llenar estrictamente las necesidades ordinarias de la vida, le exige que con él haga frente á todas las que su servicio, extraordinario por esencia, le impone, indemnizándole, cuando más, con cantidades irrisorias que se cobran tarde ó nunca, aunque sin eximir las del descuento. Aparte de los puntos tratados en este artículo, todavía cabe el mejorar las condiciones materiales de la vida militar, lo cual, por referirse á recompensas aunque indirectamente, será tratado en el artículo siguiente.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.

EL CHOQUE AL ARMA BLANCA

COMO RESOLVENTE ÚNICO Y DECISIVO EN TODO COMBATE MODERNO.

Para algunos quizá no diga nada, pues el convencimiento de que sólo el choque al arma blanca proseguirá á las crisis final y angustiosa de la última distancia del fusil y resolverá el combate, es en ellos ingénito y está arraigado moralmente; pero hay muchos que, alucinados por los sorprendentes efectos que en el polígono y en el papel producen las modernas armas de fuego, y ayudados por folletos, artículos y aun libros en que se ponderan é idealizan en frío y sin las mil contingencias de un combate el poder destructor de estas modernas máquinas de guerra, obsesionados llegan á no admitir ya en la *batalla* el choque y casi á creer que á 1.000 metros dos ejércitos, uno en frente de otro, con el fuego y sólo por el fuego, se destrozarán: á estos únicamente dedico estos renglones.

Ahora, lo mismo que antes y que siempre, el precepto de Souvaroff «la bala es loca, pero la bayoneta cuerda», no ha dejado de estar en vigor. Y si en estos últimos años por alguien ha querido borrarse, ha sido porque, partiendo de la base errónea de que la campaña del 70-71 la ganó el *maestro de escuela* como consecuencia de un trabajo de gabinete perfectamente elaborado de antemano, sin ver que el genio solo y único de Molke la resolvió conforme los sucesos se le fueron presentando, les indujo á creer que el éxito en la guerra era fruto del cálculo sesudo y discernido de antemano, encomiando la ventaja de tener en la paz y por un Estado Mayor rigurosamente formulista y matemático, planes de campaña completamente terminados, ordenados y clasificados, para que rotas las hostilidades como á modo de un proyecto de ingeniero, no hubiese más que desarrollarlo paso á paso y tal como estuviese escrito. La guerra, como arte solo, no admite reglas fijas, y así dos casos iguales no tienen la misma solución; pues el factor moral, el más influyente, no puede regularse. Ninguno de los grandes capitanes, desde Alejandro á Napoleón, se ha sujetado á preceptos fijos; algunos que lo parecen, empleados en sus manos en sentido inverso, les dieron la victoria. Claro está que esta aberración, vistos los progresos teóricos tan maravillosos de los cañones y fusiles, necesariamente les había de conducir á la teoría de que en la guerra moderna el hombre será lo menos, casi un porta-fusil, y lo más sus mejores y más potentes armamentos; es decir, á considerar la solución estratégica como un problema de gabinete, y el combate, de balística.

Analicemos desentrañando la actual guerra, teniendo en cuenta el factor moral del hombre y sin perder de vista ni mucho menos la precisión de las armas de tiro rápido y la pólvora sin humo, y veremos como venimos á la conclusión de que quizá más que antes y en virtud de estos mismos progresos, será más necesario llegar al choque al arma blanca para resolver y rematar el combate. Debido á los ya dichos progresos, y como su consecuencia, á los efectos destructores del fuego actual, el mejor y casi el único escudo para ampararse de él es la velocidad de marcha; pues el terreno escasamente nos amparará en los altos de los escalones y mientras con nuestro fuego preparamos el otro salto y protegemos el avance de los demás. Porque hay que reconocer que, por propio ins-

tinto de conservación, el soldado tenderá á estar muy poco tiempo estacionado durante el curso del combate, para no dejar precisar bien el alza del adversario y evitar encontrarse en pocos segundos bajo una verdadera granizada de balas. Y este instinto á marchar se manifestará lo mismo hacia el contrario como á retaguardia, pues por modo igual se libra de sus proyectiles amparándose de sus terribles efectos. Incuestionablemente la variedad tan continuada de alzas para un blanco móvil y que variará hasta de dimensiones del estacionamiento á la marcha (y esto envuelve una innovación á los reglamentos tácticos), determina la precisión y rapidez, condiciones más principales de las armas hoy en uso. Sintetizando vemos, que el lema instintivo es cerrar la distancia. Y esto se consigue por medio de una marcha no interrumpida por escalones. Y esto se consigue de tentáculos de un polipo que sin cesar avancen escalonadamente, protegidos unos con otros por el fuego de los que en aquel momento no marchan. Así llegamos hasta corta distancia. ¿Fue hasta este momento resolutivo el fuego? Claro que nó, ayudó á la resolución porque produjo bajas y por ende causó efecto moral en el contrario, pero su misión verdadera y aquí nace su importancia sin que le desmerezca en un ápice á la que le damos actualmente para preparar el avance, es romper y despejar si pudieramos decirlo el medio ambiente que opone resistencia á nuestra marcha, único resolvente hasta este momento. Ya estamos colocados casi á distancia de alza tendida terriblemente mortífera como puede calcularse, en ese instante supremo no deben ya existir reservas, todos los fusiles tienen que estar en fuego, así hablan los alemanes «es la crisis anterior á la final terriblemente angustiosa y preparatoria para el asalto, la llegada de la oleada fresca de la reserva empuja á proseguir la marcha». ¿Cabe considerar ahora el estacionamiento en posición para sólo con el fuego destruir al contrario? Tampoco; seguirán en pie las mismas causas más acentuadas; el fuego en verdad será más violento y mortífero; también se tendrá toda la carne en el asador; el avance seguirá hasta si se quiere más deprisa como queriendo llegar cuanto antes al sitio que ocupa el adversario. Y si esto es cierto é inminentemente psicológico, ¿vamos á negar que esta ansia de llegar cara á cara, de avanzar, no implica casi el propósito de hacerlo de una sola carrera y sin tomar alientos, para allí, aunque sea sólo con los puños, aplastar al que por tales trances nos hizo pasar y tantas bajas nos produjo? ¿Negaremos, repito, el choque cuerpo á cuerpo como solución final y como estallido de las últimas energías acumuladas hasta aquel entonces? No. Lo probable será que los oficiales tengan que contener este impulso sujetando su gente, hasta el momento oportuno.

Se me dirá que supongo un enemigo que resiste hasta el último momento en su posición ó que está animado de espíritu de ofensiva. ¿Pues que, la defensiva pasiva conduce á algún fin práctico? El ir siempre retrocediendo, perdiendo terreno sin la esperanza de por una vigorosa y enérgica reacción ofensiva derrotarle conduce á algo más, que no sea la destrucción lenta de la moral y de las fuerzas. Además, empleado este procedimiento por el adversario, se impone caerle encima y por cualquier medio obligarle á dar la cara, porque si no espera, si se nos escapa antes de lanzarnos al asalto, como dice muy bien Cardinal de Videm, «sólo habremos conseguido una conquista estéril de terreno á costa de innumerables bajas»; es necesario, pues, si nos abandona al asaltarle, acosarle de cerca, no dejarle detenerse ni respirar, no limitarse á *perseguirle con el fuego*, sino tra-

tar de aplastarle; porque, dejándonos de humanitarismos, hay que reconocer que el fin del combate, sólo y único, no es coronar la posición del contrario, sino destruirlo.

Hay por razonar más todavía. Hemos considerado el caso del combate de frente, y eso ya hoy no se hace, ni lo recomienda nadie, por no estar en el ambiente moderno, y aunque en arte de la guerra nada nuevo se inventa, volveremos á la fórmula primitiva, al ataque de frente y por un flanco, si se quiere más obstruccionista todavía, amagar por el frente presentándole uno falso para obligarle á desplegar y, dictada la ley, caerle con el resto de las fuerzas por una de sus alas. Léase lo que pensadores militares dicen, lo que tratadistas de la talla de Von der Goltz, Verdi du Vernois y otros diversos: oíganos el primero: «El fraccionamiento de la marcha en columnas se llevará hasta donde más se pueda, estas irán precedidas de pequeñas pero escogidas vanguardias que con sus despliegues engañan al contrario, respecto al frente por ocupar, para de este modo obligarle á desplegar todas sus fuerzas, y entonces con nuestros nucleos atacarle por otra parte.» Pues bien, si la táctica moderna ha de ser ésta, ¿quién duda que la embestida enérgica y resolvente del flanco contrario ha de ser rápida y con tendencia á abordarle de primera intención, para evitar que nuestra tardanza en resolverlo le dé tiempo á sacar fuerzas de otro lado que oponernos? ¿Habrà ó no habrá choque?

No quiero molestar más aduciendo argumentos para demostrar una cosa que, fuera de los formulistas, está hoy en el ánimo de los verdaderos filósofos en arte de la guerra, y en consecuencia, con el lema que encabeza estos renglones. De desear sería que, así como el emperador de Alemania, convencido de que volvemos al choque como solución del combate, ha dispuesto aumentar considerablemente su caballería recabando para ella su verdadera arma para el encontronazo, la lanza; y recientemente ordena que la esgrima de bayoneta se enseñe individualmente y con grande empeño á la infantería de su imperio; nosotros, desechando rutinas y teorías mal sanas, sin dejar de darle al fuego la importancia que tiene y que ya le damos, enseñásemos al jinete é infante esgrima, pero verdad como se enseña en una sala de armas, sin mojigangas ni ridiculeces que para nada sirven y que son propias de un *carrousel*. Le inculcásemos, además, al segundo, el espíritu de que marchar adelante cuanto más pronto mejor, le asegurará del fuego contrario, y que el encontronazo brusco con su adversario será lo que sólo le dará la victoria. ¿Qué fuerza moral más grande, que acometividad —quizá al contrario de lo que hoy ocurre— no daría esto á nuestro ejército? Porque no hay que perder de vista nunca que por mucho que las armas progresen, el principal elemento de combate es el hombre. Todos los adelantos de la mecánica, como creados por este hombre, son sólo un simple auxiliar del obrero encargado de manejar el útil.

M. BRUGUETE.

Capitán de Infantería.

LA CAMPAÑA DE NAPOLEÓN EN ITALIA

(Continuación.)

El 23 y mientras que sus columnas pasaban el Pesio, Napoleón recibió una comunicación de Colli pidiéndole un armisticio que no tuvo inconveniente en prometerle a condición de que de las tres plazas fuertes, Coni, Alexandría y Tortone, le entregase dos y de que acto seguido se entablaran negociaciones para una paz definitiva: aceptada por Colli esta condición, firmóse el armisticio el 28, quedando las plazas de Coni y Tortone en poder de los franceses.

Henos aquí al final del primer período victorioso de la primera campaña napoleónica: su examen va á suministrarnos un primero y precioso dato acerca de la característica del genio militar de Napoleón. Lo que ante todo atrae y fija nuestra atención es la seguridad con que el joven caudillo acepta el cargo y ejerce su papel: nada de resultados dudosos, de éxitos discutibles ni de fracasos que le obliguen á un penoso aprendizaje: comienza con un golpe maestro, como comenzaron Alejandro, Aníbal y Carlos XII. Es innegable que para obtener tales resultados se necesitan reunir determinadas cualidades intelectuales y físicas, sin olvidar por eso que en el arte de la guerra hay necesidad de aprender cosas sin las cuales no hay éxito posible. Por muchos recursos de inteligencia que se tengan; por flexible y poderoso que sea el talento, el arte de la guerra tiene su lado profesional. «Aquiles fué hijo de una diosa y de un mortal y es el símbolo del genio de la guerra» dijo Napoleón (1). Ya conocemos lo bien preparado que estaba al emprender la carrera militar, y lo mucho que le había preocupado el teatro de la guerra en Italia, y si añadimos á esto lo pródiga que la Fortuna se había mostrado con él otorgándole dones naturales, deduciremos que el éxito fué, no solamente merecido, sino fatal. El ejemplo de Gambetta, casi en nuestros días, evidencia que la mayor energía en un espíritu bien cultivado no basta á conseguir el éxito cuando se carece del conocimiento profesional necesario.

Si pasamos á examinar en detalle los actos de Napoleón, no sabríamos apreciar en su justo valor sus actos resolutivos y ejecutivos sin conocer antes la peligrosa situación estratégica en que encontró al ejército puesto bajo su mando: éste se hallaba esparcido á lo largo de la estrecha faja de tierra comprendida entre los Alpes ligurienses y el mar: su única vía de comunicación, que se dirigía á Marsella, hallábase extraordinariamente expuesta y amenazada, por el lado del monte, á los golpes de mano de un enemigo, superior en número, que podía cortarla completamente con desembocar por el collado de Tenda, y por el lado del mar, casi á merced de los cañones de la escuadra inglesa, dueña del Mediterráneo. Además, esta vía de comunicación, única, no estaba á retaguardia del ejército y protegida ó cubierta por él, sino en la prolongación de su flanco izquierdo, situación completamente desfavorable, como Napoleón hizo ver con toda claridad al ejército prusiano en 1806. Ahora bien ¿qué partido saca de si-

1) *Compendio de las guerras*, por el Mariscal de Turena, t. IV. *Memorias de Napoleón*, pág. 155.

tuación tan defectuosa? Tres semanas después de tomar el mando, tiene reunido su ejército; uno de sus adversarios ha sido batido y rechazado sobre su base de operaciones; el otro ve amenazada su capital, y el ejército francés tiene aseguradas á retaguardia sus comunicaciones y es dueño de toda la zona comprendida entre Saluce y el mar.

En el inicio de esta campaña encontramos ya la marca de fábrica de Napoleón, es decir, la noción clara del empleo de la masa (1). Jomini, cuya grandiosa teoría fué deducida de los actos del más grande de los prácticos, dice, en el capítulo que trata del principio fundamental de la guerra, que éste consiste:

1.º En llevar, por combinaciones estratégicas, el grueso de un ejército por los puntos decisivos ó culminantes de un teatro de operaciones, sucesivamente, y, en cuanto sea dable, por sus líneas de comunicación sin comprometer las propias, y

2.º En maniobrar de manera conducente á empeñar en acción este grueso de fuerzas, contra fracciones de las del enemigo, únicamente.

Napoleón poseía *á priori* la noción de este principio, porque en 1794 se expresaba ya de esta manera. «Hay sistemas de guerra, como de sitios de plaza: los fuegos deben converger sobre un sólo punto: brecha abierta, equilibrio roto; la plaza es tomada y todo lo demás resulta inútil. No conviene multiplicar los ataques, sino concentrarlos.» (2) Cuando en 1799 vió á Moreau por vez primera, su conversación versó sobre el arte de la guerra. «Siempre es el mayor número, dijo Moreau, el que bate al menor.»—«Tenéis razón, replicó vivamente Napoleón: siempre es el gran número el que bate al pequeño» y luego añadió á quisa de comentario: «Cuando con menores fuerzas me he encontrado en presencia de un gran ejército, agrupando rápidamente las mías, caía como el rayo sobre una de sus alas y la destrozaba: aprovechándome en seguida del desorden que aquella maniobra producía siempre en el ejército contrario, le atacaba por otro lado, pero siempre con todas mis fuerzas: así lo batía en detall, y la victoria que de ello resultaba, era siempre, como habéis dicho muy bien, el triunfo del gran número contra el número pequeño.»

(Continuará.)

AVANCE Y FUEGO DE LA INFANTERIA EN EL COMBATE

(Continuación.)

II.—MOVIMIENTOS ELEMENTALES DE LA ESCUADRA.

El tiempo, el consumo de municiones y la intensidad del fuego en el avance.

La escuadra, formada como queda dicho, debe estar adiestrada en toda clase de marchas: al frente, oblicua, de flanco y retrógrada.—La condición esencial

(1) Jomini: *Compendio del arte de la guerra.*

(2) Noticia sobre la posición política y militar de los ejércitos del Piamonte y de España.

es que en estas marchas aquélla vaya siempre perfectamente cubierta, de modo que presente el menor blanco al fuego enemigo.

Un hombre de pie presenta: de frente, un blanco de 0,4750 metros cuadrados; y de flanco, de 0,28 metros cuadrados.

El ideal sería que la escuadra, marchando por un terreno llano y horizontal, no presentase nunca un objetivo sensiblemente mayor de 0,50 metros cuadrados, ó sea medio metro cuadrado, avanzando, retrocediendo y oblicuando, ni nunca también sensiblemente mayor de $\frac{1}{3}$ metro cuadrado al correrse por un flanco.—Será necesario, ya que no es posible en la práctica alcanzar esta perfección, tratar de aproximarse á ella en lo posible.

Mas la verdadera esencia de la proyectada formación para el combate estriba en el modo cómo deberían alternarse, por la escuadra, el avance y la acción del fuego.

Una escuadra destinada á hacer frente directamente al enemigo con sus propios *tiradores*, avanza siempre *desfilando* hasta el momento en que deba iniciar su acción en el fuego.—Llegado este momento, toda la escuadra se reconcentra y arroja al suelo, permaneciendo en el orden de marcha con los hombres perfectamente cubiertos y presentando el menor blanco posible (que no exceda de 0,12 metros cuadrados).—Según la INTENSIDAD DE FUEGO que el jefe de la escuadra haya ordenado, ó tenga á bien ordenar, y precisamente á su voz ó indicación, los dos, tres, ó cuatro hombres de la cabeza (*tiradores*) se levantan y avanzan á la carrera, siempre cubiertos, hasta la mejor parada que puedan encontrar, á unos 50 ó 60 metros.—Una vez en ella, reunidos, se tienden, tomando, si es preciso, algunos pasos de intervalo uno de otro; se ponen en acecho; rompen el fuego, y lo continúan, *cada uno por su cuenta, con la mayor rapidez que su destreza le permita*, hasta que consumen el número de cargadores prevenido por el comandante de la escuadra.—Apenas han efectuado el último de los disparos previamente señalados, cada tirador se pone á cubierto, del mejor modo posible, de la vista y de los tiros del enemigo; vuelve á cargar por completo su arma, y provee la cartuchera para cargadores, tomando de la cartuchera para paquetes un número de aquéllos igual al de los consumidos (1).

El cabo cabeza de escuadra, apenas observa que los propios tiradores avanzados van á terminar el fuego, ó aun antes si se presenta oportunidad de un avance, ordena á los *dos, tres ó cuatro* hombres que han quedado en cabeza que avancen para desplegar. Estos se levantan, emprenden el avance á la carrera y, rebasando la primitiva línea de tiradores—que en este instante, si no lo han hecho antes, suspenden el fuego—, van á tomar una parada oportuna á 50 ó 60 metros delante de la que en que permanecen establecidos los primeros. Una vez allí, se colocan en la posición más favorable para hacer un fuego eficaz á la par que, en lo posible, para cubrirse, é inician en el acto su *fuego de máxima eficacia*, consumiendo el número de cargadores que se les haya indicado. Durante la ejecución de este fuego, el comandante de la escuadra hace avanzar, en el momento oportuno, el resto de ella; la que, á la carrera y convenientemente cubierta, rebasará

(1) Con el armamento de 1870-87, cada tirador recoge los cargadores vacíos y los provee en seguida, sirviéndose de los paquetes que tiene en la cartuchera destinada al efecto, y carga de nuevo igualmente el arma, permaneciendo siempre TENDIDO.

un poco á los primeros tiradores y volverá á tenderse, resguardada lo mejor posible de la vista y, en lo posible, del tiro del contrario, después de haber recorrido unos sesenta metros (1); en la inteligencia de que los abastecedores ó portasacos deben dejar entre ellos y el último tirador un espacio suficiente para que puedan embeberse en la escuadra los primeros dos, tres ó cuatro tiradores que en este avance han sido rebasados, los cuales volverán presto á recobrar su primitivo lugar en la fila, en cuanto hayan repuesto por completo su propia dotación de municiones, del modo que vamos á indicar.

Al llegar á la línea de dichos primeros tiradores, los abastecedores, que estando aún tendidos habrán sacado de los sacos el número de paquetes necesario, entregan á aquéllos el número de los que necesiten para completar la propia dotación, y éstos, que permaneciendo también en tierra habrán cargado de nuevo su arma y su cartuchera de cargadores, colocan en la otra cartuchera los paquetes que reciben de los abastecedores; apenas ultimada esta operación, se levantan y, á la carrera, van á ocupar su puesto en la escuadra, inmediatamente delante del soldado porta saco, en el espacio que habrá quedado disponible entre éste y el último hombre de aquélla.

De esa manera la escuadra es nuevamente reforzada y todos sus componentes que no están en la línea de fuego conservan la propia dotación al completo y el arma cargada.

Creemos importante hacer un cálculo aproximado del consumo de municiones así como del tiempo empleado en los diversos casos de avance que se pueden adoptar, combinando de distinto modo: la amplitud de los saltos, el número de tiradores de cada escuadra que á un tiempo hacen fuego y, por último, el número de cartuchos que cada tirador consume en cada parada.

*

* *

En el caso de una tropa armada con el fusil modelo de 1891 se puede establecer que cada tirador que se lleva á la línea de fuego consume, ejecutando el tiro denominado *de máxima eficacia*, de uno ó dos paquetes, ó sea de diez y ocho á treinta y seis cartuchos (3 á 6 cargadores). Si se quiere acelerar el avance, se podrá limitar el consumo á un solo paquete (18 cartuchos), así como si ocurre necesitar de una acción de fuego más intensa el avance deberá ser bastante más lento, y entonces se consumirán dos paquetes (36 cartuchos).

Si en la dotación individual hubiese algún paquete de cartuchos sueltos, el tirador, después de haber hecho fuego, tiene tiempo para recargar con comodidad con ellos una parte, por lo menos, de los cargadores disparados.

(1) Con deliberado propósito hemos limitado la extensión de los saltos que ha de hacer la escuadra en conjunto á sólo 60 metros. Este espacio puede ser recorrido, al paso ligero, en menos de 25" (incluso el tiempo para levantarse y tenderse). Como el momento en que la tropa presenta al fuego enemigo el blanco de mayor amplitud es aquel en que efectúa los saltos al frente, es natural que aquél resulte más intenso en dicho momento. La duración mínima de este avance (25") no da, pues, tiempo al enemigo para modificar tal intensidad—de un modo peligroso para la tropa que avanza—, tanto más cuanto que mientras el grueso de la escuadra efectúa su avance no se interrumpe el fuego de los tiradores más avanzados.

Para un avance de cerca 1.000 metros, el consumo de municiones podría ser el siguiente, en las dos hipótesis de saltos de 50 metros (20 por kilómetro) y de 60 metros (17 por kilómetro).

| | Número de tiradores en la línea de fuego, por escuadra. | | | | | | | |
|---|---|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|
| | 2 | | 3 | | 4 | | 5 | |
| | 17 | 20 | 17 | 20 | 17 | 20 | 17 | 20 |
| Número de paradas en el trayecto de 1 km. | | | | | | | | |
| Total de cartuchos disparados, en el caso de que en cada parada se disparen tres cargadores, ó sea 18 cartuchos | 612 | 720 | 918 | 1.018 | 1.224 | 1.440 | 1.530 | 1.800 |
| Total de cartuchos disparados, en el caso de que en cada parada se consuman 6 cargadores, ó sean 36 cartuchos. | 1.224 | 1.480 | 1.836 | 2.160 | 2.448 | 2.880 | 3.060 | 3.600 |

El tiempo *teórico* que transcurre en el avance puede calcularse fácilmente.

Los primeros tiradores, para avanzar con rapidez 50 metros, emplearán unos 20^s, y 25^s para avanzar 60 metros.

Un buen tirador puede disparar un cartucho en 4^s, de donde resulta que la primera escuadra, *compuesta de buenos tiradores*, empleará próximamente 72^s para disparar tres cargadores, y 144^s para disparar seis.

El segundo grupo de tiradores, para avanzar de 100 á 120 metros, empleará de 40 á 50^s, pero hay que observar que pudiendo continuar el fuego de los primeros tiradores hasta el momento en que los segundos les rébasan, sólo una parte del tiempo indicado, precisamente de 20 á 25^s, debe entrar en el cálculo del tiempo del avance. Este segundo grupo de tiradores empleará, aun así, de 72^s á 144^s en consumir 18 á 36 cartuchos.

Durante este tiempo (20^s + 72^s + 20^s + 72^s = 184, ó también 25^s + 144^s + 25^s + 144^s = 338^s) toda la escuadra efectuará el primer salto, de 50 ó de 60 metros.

En cuanto á los saltos sucesivos, se harán evidentemente en un tiempo que variará de 92^s á 169^s, ó sea de un minuto y medio á tres minutos menos 10^s.

Traducido de la «Revista de Artiglieria e Genio» por

N. MARTÍNEZ Y ALOY,

Capitán de Infantería.

(Continuará.)